

19 de Julio

Ahtziri De la Rosa



Capítulo 1

Hoy la ansiedad de estar viva se desliza suavemente en mi cabeza cuando el padre se pone de pie frente al altar con la eucaristía en las manos. Mi abuela me deja sola en la banca para ir a recibir el sacramento mientras que a mí me consume la culpa por haber pecado, el pensamiento constante y pulsante de no merecer el perdón de nadie en la tierra y mucho menos de alguien divino, eso debía estar fuera de mis posibilidades; pero incluso sumida en mi desprecio propio puedo ver la fila del confesionario las personas salir renovadas de hay listas para volver a la buena vida, preparadas para un cambio, esas personas que al salir del templo ya han regresado a la vulgaridad de la vida humana, la imperfección que nos caracteriza.

Sola en el banquillo del templo junto en frente de Cristo en la cruz noto mis fuerzas drenarse y el peso de los días –todos los que aún no llegan- se asientan en mi pecho apoyando la carga sobre la vieja herida (esa que logré evitar por meses y cuando me fue bien se apartó unos años) esa llaga abierta que no cierra, el constante susurro de ese pensamiento en mis noches solitarias. Se arrastra sobre mis huesos y anida cómodamente en el lugar que ya tiempo atrás reclamo como suyo.

-Estoy cansada

No es el deseo ya familiar de que llegue mí la muerte más rápidamente ni la tristeza de los días pasados. No, este es un peso más difícil de cargar, este a diferencia de los otros no me llena de odio e ira que me lleven al punto de procurarme profundas cicatrices, no hierve en mi estómago ni causa reacciones explosivas y furiosas, no provoca llantos nocturnos ni se cura con drogas; no hace ninguna de esas cosas, este saco es grande pero hueco, este arrebatata hasta la última de mis energías y me deja holgada como un costal roto, solo carne y huesos, este sentimiento se lleva lo que soy y me deja desamparada en un silencioso caos: el mundo se comprime en un segundo y al siguiente se expande de nuevo sin sonido, sin luz, sin vida, toda acción parece llévame una vida entera, nada tiene atractivo para mí y finalmente cuando por fin se ha hecho con mi alma por completo y no queda nada de mí en la banca del templo es cuando mis ojos me exigen dormir.

-Estoy cansada- suplica una voz en lo profundo de mí. Sutilmente mi cerebro me exige dormir como respuesta a esa suplica hasta satisfacerla, hasta que ya no este cansada; pero sé que cuando despierte seguiré cansada y no importara si duermo un día o dos, o si es un mes entero el que paso en cama, sé que despertare con el pecho pesado como el acero, mi cerebro me exige dormir sin despertar, me pide a gritos dejar de trabajar y darle un respiro a mi corazón para que este deje de latir, solo reposar en calma hasta dejar de ser consiente de mi misma y entonces el

peso se iría desaparecería al tiempo que mi mente se desvanece. Solo entonces podré estar en paz.